

Principales tendencias en las lecturas de novela argentina en el diario *La Opinión* en los primeros '70

Ruth Alazraki

Ciclo Básico Común y Colegio Nacional de Buenos Aires (UBA)

ruth_alazraki@yahoo.com.ar

Resumen

Esta ponencia señala dos líneas clave en el modo de leer las novelas argentinas en los comienzos del diario *La Opinión* durante el periodo en que Jacobo Timerman fue director editorial: desde junio de 1971 hasta junio de 1973. A partir de la relación de las notas literarias con los comentarios bibliográficos de aquel género de autores argentinos, que se publican en dicho matutino, indagamos las concepciones que desde ese medio prevalecen respecto de las condiciones de producción y de recepción de la literatura a comienzos de los años '70, acerca del rol del escritor y en función de qué condiciones o motivaciones se define, y sobre la relación de la escritura literaria y crítica con la política y la "realidad".

Palabras clave

Literatura argentina, novela, realismo, política, diario *La Opinión*.

Abstract

This paper identifies two key lines in the way of reading Argentine novels in the beginnings of the newspaper *La Opinión*, during the period in which Jacobo Timerman was the editor from June 1971 to June 1973. On the basis of the relation between the literary notes and the bibliographic reviews of that genre of Argentine authors, published in this newspaper, we investigate the conceptions that prevail over the condition of production and reception of literature at the beginning of the '70s, about the role of the writer and depending on what conditions or motivations is defined, and on the relationship of literary writing and the critic with politics and 'reality'.

Keywords

Argentine literatura, novel, realism, politics, newspaper *La Opinión*.

Introducción

En este trabajo indagamos cuáles son los principales lineamientos sobre la novela que se presentan en los artículos y las reseñas de dicho género de autores argentinos en el periodo inicial de *La Opinión* (de junio de 1971 a junio de 1973), cuando Jacobo Timerman era director editorial. Algunas de las notas de dicho matutino sitúan determinados ejes respecto de las condiciones de producción y de recepción de la literatura a comienzos de los años '70, acerca del rol del escritor, en función de qué condiciones o motivaciones se define y sobre el vínculo de la escritura literaria con la política y la realidad. En relación con esos ejes, definidos fundamentalmente por relaciones de intertextualidad (Genette, 1989), situaremos la incidencia de nociones recurrentes en las valoraciones que se realizan en un *corpus* de comentarios bibliográficos de novelas de autores argentinos de dicho diario en ese periodo.

Walsh: “vivir la novela junto al pueblo”

En las respuestas a la entrevista que realiza Carlos Tarsitano a Rodolfo Walsh y Miguel Briante, “Narrativa argentina y país real” en *La Opinión Cultural* el 11/6/72, esos escritores dan a conocer pensamientos que marcan un punto de inflexión en el campo ideológico político cultural de los años ’70. Walsh, por un lado, habla de una doble trampa cultural que, según él, describe las condiciones de la escritura de la literatura y, por otro, exhibe su posición respecto de la participación específica del escritor que supone una intervención política frente a la cual la literatura se supedita.

En ese reportaje, caracteriza el fenómeno del *boom* del libro argentino¹ como una primera “trampa cultural que esteriliza”, en la que el sistema tiene controlado al escritor y que describe como “la época de la sacralización de la escritura”. Advierte que en la relación de la literatura con el poder “aumentan las mediaciones, las técnicas del disimulo y de la absorción”, lo cual se evidencia en una gran desvinculación entre la literatura y los hechos que ésta representa.

Sostiene que la publicación de los primeros libros de los escritores del *boom* permite el acceso en el mundo de la cultura –que estaba relativamente confinado a una suerte de aristocracia (con excepciones)– no sólo a los autores, sino también a la clase media. En ese texto, tanto Walsh como Briante dan a entender que la incidencia de las influencias teóricas y culturales que la literatura incorpora (como el estructuralismo, el psicoanálisis, la literatura de Borges, etc.) formaría parte de esa “trampa cultural”. Luego, Walsh instala la pregunta teórica –que califica de clásica y decisiva– de **para quién se escribe**². Señala que la falta de preocupación por saber a quién se escribe está ligada a una imagen de soberbia que se forjó el escritor “como una especie de semidiós que está por encima de todos los conflictos”,³ que ejemplifica con el caso de Vargas Llosa. Asimismo, Briante más adelante observa que de esa manera el escritor “pierde la verdadera noción de que él también es un asalariado”.

La segunda trampa, según Walsh, radica en que las ideas de los géneros ficcionales, cuento o novela, obligan necesariamente a la escritura, no pueden divulgarse o transmitirse oralmente mediante otros géneros (como, por ejemplo, el ensayo político). Frente a ello, afirma que es posible entender *¿Quién mató a Rosendo?* como su respuesta personal a esa doble trampa, al igual que su trabajo en el periódico de la CGT de los Argentinos, del que ese libro es una parte. Observa que su oficio de narrador había enriquecido su experiencia política en tanto que gracias al trabajo periodístico puso ese instrumento a su servicio.

Ambos entrevistados, tanto Walsh como Briante, profundizan su reflexión sobre las circunstancias en las que entonces se escribe ficción en la Argentina. El primero cuestiona los condicionamientos del mercado y afirma que habría que romper esas ataduras y el desplazamiento del lugar de la literatura en pro de una actividad política. Manifiesta que, para él, después del ’68 “no había dudas, entre seguir escribiendo cuentos [...] y pasar a la realidad candente, impetuosa, entre escribir la novela y vivir **la novela junto con el pueblo**, no había

¹ El fenómeno editorial denominado *boom* se manifiesta aproximadamente entre 1962 y 1968. Dentro de este proceso, gran cantidad de libros de autores argentinos fueron vendidos y leídos y los escritores recibieron mayor atención, tanto en nuestro país como en el exterior y por parte de publicaciones especializadas.

² Previamente Jean Paul Sartre la había formulado esta pregunta en *¿Qué es la literatura?*, publicado bajo el título *Situations II* (París: Gallimard, 1948).

³ También Tomás Eloy Martínez se referirá posteriormente a esa “mitificación” de la imagen del escritor en “La ficción actuaba como sucedáneo de la realidad para los lectores entusiastas de la ‘nueva novela’ en la década del ’60” (9/9/72 en *La Opinión*).

elección posible”. Justamente, varios meses después, el 17/4/73, Juan Sasturain en su reseña sobre el cuento *Un oscuro día de justicia*,⁴ reproduce esas palabras, vuelve sobre los conceptos que Walsh había expresado en ese reportaje y presenta a este escritor desde el título como “un creador que cambió la literatura por la militancia”. En ese comentario, refuerza el dominio de memoria que el diario crea respecto a las ideas que en él se transmiten, reitera la noción del desplazamiento del lugar de una literatura ficcional, “representativa”, en pro de una escritura más “presentativa” que “tome abiertamente partido dentro de la realidad y pueda cambiarla”, dentro del marco de una intervención política.

Volviendo al reportaje “Narrativa argentina y país real”, Walsh da a entender que valora las narraciones en las que se representan problemáticas sociales y personajes marginales, pero piensa en otro tipo de escritura más militante, cree que hay un paso posterior, lo que en sus palabras denomina: “romper la celda” a partir de nuevas vías de expresión como organizaciones de base, periódicos, etc., para tener una mayor incidencia social. Rescata, sin embargo, el hecho de que los narradores se interroguen sobre cómo pueden integrarse a un proceso general del país.

Privilegio del testimonio en desmedro de la novela

A comienzos de los años '70, se registra un desplazamiento del interés de lo puramente ficcional a lo testimonial. En las reseñas de *La Opinión* específicamente, por sobre una lectura especializada de novelas de distinto tipo, se privilegia una lectura predominantemente ideológica del género y se destaca el testimonio, en tanto busca establecer una fuerte vinculación con la realidad. Dentro de ese contexto, es posible leer en *La Opinión* referencias a la novela calificada como un género “en crisis”, como surge de los artículos de Tomás Eloy Martínez y Francisco Urondo que a continuación presentamos.

El primer autor, el 9/9/72⁵ repara en que ha cambiado el lugar de la novela en la sociedad en comparación con el que tenía en la década anterior. Advierte que desde 1962 hasta 1969 los libros eran tema recurrente en las conversaciones y que en América Latina los escritores fueron convirtiéndose en un objeto de consumo que el lector “compraba” junto con la obra. Nota también que se ha modificado el modo de circulación y de recepción de los textos literarios ya que a los lectores de literatura latinoamericana de los '60 “les hubiera gustado comentar, por lo menos, qué visión nueva del mundo les proponían esos textos”, lo cual no sucede para él a comienzos de los '70, porque en esa época las historias cotidianas tienen más incidencia, a la vez que los diarios han cobrado otro rol.

Por otra parte, el 8/8/71 también en dicho diario, en “Novela argentina - Escritura y acción”, Francisco Urondo recoge, sobre ese género literario específicamente, opiniones de distintos escritores argentinos que manifiestan las dificultades que éste presenta, más allá de la crisis editorial de esos años. Según ese autor, luego de que a través del *boom* se produce el reconocimiento de la literatura latinoamericana en medios metropolitanos, especialmente europeos, comienzan la retracción, las reticencias y la desconfianza sobre la efectividad de la novela. Aunque las opiniones recogidas en esta nota se presentan de manera escueta, heterogénea y fragmentaria, en sus principales lineamientos incluyen la relación de la literatura, en particular de la novela, con la política y la realidad, y subyace asimismo el cuestionamiento sobre el rol del escritor.

⁴ Juan Sasturain, “Impecable parábola de un creador que cambió la literatura por la militancia”, *La Opinión*, 17/4/73.

⁵ Tomás Eloy Martínez, “La ficción actuaba como un sucedáneo de la realidad para los lectores entusiastas de la ‘nueva novela’, en la década del ‘60”, *La Opinión*, 9/9/72, p. 19.

Al hablar de “Latinoamérica hacia la revolución en la literatura”, Nicolás Casullo retoma el planteo de Cortázar de “Literatura en la revolución y revolución en la literatura”, que vinculaba el cambio político con el que se operaba en el ámbito de la literatura.⁶ En contraste, Germán García modifica, reinterpreta y resitúa los términos de esa polémica al preguntarse “si al decir que literatura es política, no estamos diciendo que política puede ser literatura”. En relación con tal cuestión, plantea un interrogante clave para el momento desde el abordaje de la literatura que se realiza en *La Opinión*. En conexión con ello, Conti, refiriéndose a Cuba, señala que allí los escritores no logran dar una novela que exprese la revolución, en otras palabras, que la relación revolución-literatura-política representada mediante ese género resulta también compleja y problemática en otros contextos políticos.

En esa nota de Urondo, la reivindicación de la conexión con la realidad como componente indispensable de la novela presenta varios matices. En primer lugar, se registra su temporalidad literaria, distinta de la de lo real. En este sentido, los reparos de otros autores sobre esa cuestión se basan en la concepción de que, de alguna manera, ese género representaría aspectos de un modo mimético, a tal punto que el paso fugaz de la realidad restaría valor a su expresividad.

Paralelamente, otros escritores reconocen que la vinculación de la novela con la realidad no puede sostenerse como una constante. Desde esta perspectiva, Miguel Briante evalúa que la diferencia entre la acción política y la escritura es cada vez mayor, lo cual trae como consecuencia la crisis del género, a diferencia de lo que pasaba con otros textos de Conrad o Hemingway, en los cuales la inmediatez obraba en el lector de manera tal que lo modificaba. A partir de este corrimiento, se redefine el lugar de la novela. Como contrapartida, para algunos de los escritores consultados, los diarios cobran mayor o igual relevancia que los libros –entre ellos, la novela– respecto del tratamiento de la realidad.⁷

Como instancia relevante de la reflexión que “Novela argentina - Escritura y acción” propone, en general, la literatura testimonial⁸ es la reivindicada. De ella, Haroldo Conti rescata una función política. No obstante, Francisco Urondo observa que “puede presentar sus dificultades ya que, después de todo, la novela, ese género que nace prácticamente con la burguesía, siempre ha sido testimonial”. En contraste, David Viñas no cree que el único género válido sea el testimonio, pero piensa que se puede hablar de una crisis de la novela y de la literatura específicamente burguesa.

El argumento que parece explicar más acertadamente la “crisis” de ese género se manifiesta en una concepción que se proyecta sobre décadas posteriores. Es la de Germán Leopoldo García, quien pone el acento en el modo de leer y en las funciones de la literatura:

Hay una crisis de la forma tradicional de leer novela. Esta crisis aparece en un momento político donde la lectura de la realidad pasa por otro tipo de textos:

⁶ Julio Cortázar escribió en 1970 “Literatura en la revolución y revolución en la literatura” en *Nuevos Aires*, N° 1 y 2. El título de ese artículo está compuesto por un quiasmo a partir del cual Nicolás Casullo introduce la variación arriba indicada.

⁷ Esta concepción es la inversa a la expresada por Borges, quien privilegia los libros en detrimento de los diarios, en “La cultura aburrida” (*La Opinión*, 1/10/72).

⁸ Según Beverly, el testimonio implica un reto, explícito o implícito, al *statu quo* de una sociedad dada, delata la necesidad de un cambio social estructural y construye un espacio de complicidad con el lector. Es un discurso acerca de la vida pública o del yo en la esfera pública (Beverly, J. 1987. *Del Lazarillo al Sandinismo: estudios de la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*, Minneapolis, Prisma Institute). Al darle preponderancia al testimonio también se le está dando relevancia a su función social e ideológica que se articula con el rol político que *La Opinión* había adquirido y que se resignifica con matices particulares también en el discurso crítico periodístico sobre la cultura y la literatura.

ensayística, economía, política, etc. [...] **Si hay una crisis de la novela, es crisis de la novela realista, de aquello que va a representar la realidad. En estos momentos políticos la noción de novela realista fracasa y, lo que se pone de nuevo en escena, es el problema de la gratuidad de la literatura.** Dicho de otra manera, la imposibilidad de articularla en alguna estrategia política.

Desde esta concepción, según García, la confusión estaría en tratar de fundir el campo de la literatura y el de la política. Cree que la literatura testimonial “se asienta en la creencia liberal que parte de la idea de que el escritor, por su propia iniciativa personal, puede producir un mensaje cuyos efectos en el público serían fácilmente controlables”.

Sin embargo, cabe señalar que no es esta noción la que prevalece en las reseñas de las novelas del matutino fundado por Timerman en los primeros '70, donde son muy apreciados los textos narrativos realistas, en el sentido de que se privilegian los que den cuenta de una realidad histórica concreta. Se elogia que lo representado en ese tipo de textos tenga conexión con problemáticas vigentes para los argentinos de esos años y el modo en que se las encara.

Por otro lado, en “Novela argentina - Escritura y acción”, para otros autores, otro tipo de **escritura no ficcional** tendría más eficacia en relación con una intervención social y política, como postula Casullo. Entre ellos, Briante hace hincapié en la importancia de la función política de la escritura, la que no siempre está en consonancia con el género novela.

En tal sentido, las ideas de Urondo que prevalecen en esa nota –y también en sus reseñas del diario *La Opinión*– tienen que ver con la reivindicación de una literatura “política” que, a partir de dar cuenta de la realidad, incite a la acción. Esto se ilustra en el cierre de ese artículo en el que cita a Jorge Carnevale,⁹ quien sostiene que el cambio de óptica supone una literatura “de combate y de lucha ideológica, de performance ideológicamente política y estratégicamente realizada, con respecto a las organizaciones revolucionarias”.

En resumen, volviendo a “Novela argentina - Escritura y acción”, se cuestionan, desde un abanico de opiniones, el lugar del escritor, las funciones de la literatura testimonial y de la novela. A la vez, algunos de esos argumentos planteados, como el de la necesaria conexión de lo representado en la novela con la realidad, son retomados en las reseñas con distintas variaciones. Fundamentalmente, se reconoce el género testimonio sobre todo por el posicionamiento que implica respecto de la realidad, antes que por su construcción textual.

Como veníamos señalando, el modo de percibir la conexión con la realidad dada por la no-ficción no supone una distinción explícita de la dimensión de la construcción narrativa por parte de la crítica literaria periodística en *La Opinión*. Sin embargo, una de las excepciones se esboza en la reseña de *Un oscuro día de justicia*, en la referencia a los paratextos de *Operación Masacre*, donde se diferencia la categoría de autor, presentado bajo el nombre de Walsh, de un narrador ficcional pero no de un narrador testimonial. A la vez, la mención del apéndice “Aramburu y el juicio histórico” actualiza el sentido político de esa novela al conectarla con el asesinato de éste por un comando montonero el 1 de junio de 1970. En ese paratexto de la novela se aclara también que esa ejecución provocó la caída del general Onganía, es decir que desde la reseña se establece una conexión de ese enunciado con lo social. Aunque no se señale expresamente el carácter de construcción textual y discursiva del

⁹ Según Carnevale, para el escritor con aspiración política, la solución puede darse “en el pasaje de la tarea individual y reconocida, la tarea de propiedad privada, a una tarea anónima colectiva; en última instancia, clandestina”, [...] “dimensiones que la lucha revolucionaria va tomando”. (Cf. Urondo, F., “Novela argentina-Escritura y acción”, cit.)

testimonio –en el sentido de que está vinculada con una situación particular de enunciación–, a través de los sucesivos añadidos al texto (prólogos y apéndices) se destaca el componente social ideológico del texto.

En suma, tanto desde los artículos como desde las reseñas se otorga un lugar destacado al género testimonio en desmedro de la novela, sobre todo por su articulación con lo social y la “realidad”. Si bien no hay una indagación de los modos de su construcción textual, reiteradamente se exalta su dimensión política e ideológica.

Reflexión sobre los mecanismos narrativos: impacto de la impronta estructuralista y barthesiana

También desde el matutino fundado por Timerman comienza a esbozarse una reflexión teórica sobre la dimensión textual de la novela, en el sentido de que se presenta otro tipo de abordajes –no solo ideológicos– de lo literario, que sin desdeñar la articulación del texto con lo social se detienen en su materialidad y en sus mecanismos narrativos. Esta reflexión teórica aparece en un marco constituido fundamentalmente por dos vertientes reflexivas. Por un lado, la que se cuestiona hasta qué punto ha surgido una novedad en la narrativa latinoamericana. Por otro, en un contexto más amplio, la que recoge aportes de la crítica literaria.

Acerca del primer tema, Urondo en su reseña del 28/8/71 reproduce el cuestionamiento de Bernardo Verbitsky respecto de qué es exactamente lo nuevo en narrativa. Explicita la idea de que algunos de los llamados representantes de la nueva novela latinoamericana han producido sus textos muchos años antes, como por ejemplo Alejo Carpentier, Juan Filloy y Marechal, entre otros,¹⁰ y problematiza la denominación vigente por esa época de “nueva” novela latinoamericana, aspecto que es objeto de desarrollos teóricos posteriores.

Respecto de la incidencia de la crítica literaria, aunque no se los explicita, pueden reconocerse algunos aportes teóricos del estructuralismo como los de *Figures III* de Gérard Genette y de la teoría de la novela de Mijaíl Bajtín retomados desde un enfoque semiológico en *Le texte du roman* (1969) por Julia Kristeva, donde esta autora aborda la noción de intertextualidad, entre otras.

Registramos esas influencias en los comentarios bibliográficos en *La Opinión* de Timerman de Jorge B. Rivera, Eduardo Romano y Juan Sasturain. Además, particularmente en los de este último, inciden los primeros textos de Roland Barthes. Estos críticos marcan un contraste con las lecturas de Julio Ardiles Gray, quien rechaza las formas narrativas que van contra la novela realista a partir, por ejemplo, de elaboraciones más sofisticadas de su estructura, del cambio de personas narrativas en la trama, del uso de diálogos incompletos, del empleo de varias versiones de una misma historia, de la intromisión del narrador o del manejo moroso del tiempo.¹¹ (Gray, *LO*, 7/9/71)

En cambio, bajo la impronta estructuralista, Sasturain, Rivera y Romano observan la organización compositiva de las novelas, describen sus partes, las técnicas narrativas empleadas –por ejemplo el suspenso–, los tipos de narradores que prevalecen y relaciones temporales e intertextuales. Con aportes del formalismo y del estructuralismo –también desde

¹⁰ Urondo reproduce las referencias de Verbitsky respecto de los autores arriba indicados sobre *El acoso* (1956), *Ecue Yamba O* (1936) y *Adánbuenosayres* (1948), al decir que estos textos no eran precisamente “nuevos”.

¹¹ También Ardiles Gray se detiene en varias ocasiones en la reflexión sobre el proceso creativo del autor de los libros que comenta y, en función de ello, rememorando el *Diario* de Gide, atribuye la incidencia de las experiencias del escritor en el modo de gestación de los personajes y destaca cómo estos crecen a lo largo de la novela.

las estéticas sociológicas– dan cuenta de una construcción de la textualidad narrativa en las reseñas sobre diferentes novelas.

Por otra parte, pueden reconocerse fundamentalmente en las reseñas de Juan Sasturain conceptos de *Le Degré zéro de l'écriture* [1953] y de *Essais critiques* [1964] de Roland Barthes, ambos traducidos al castellano en 1973. En su reseña de *Alto quien vive* de Dalmiro Sáenz, Sasturain afirma que “fusionar vida y literatura nada tiene que ver con el inmediatismo expresivo que [la novela] propone. Según este crítico argentino, en consonancia con las ideas de Barthes en su texto de 1953 sobre los procedimientos del texto, uno de los planteos de Dalmiro Sáenz consiste en develar los propios artificios de la literatura como estrategia típica del arte burgués. En ese sentido, al decir que éste es “realista” entre comillas, cuestiona esa condición. Sostiene que en ese libro se intenta la falsa disolución de las categorías convencionales de autor, narrador y personajes al tratar de fusionarlas. En resumidas cuentas, Sasturain objeta la pretensión de escribir “la novela-vida”, “el libro-verdad”, ya que otros tramos del texto aparecen enmarcados en su dimensión estrictamente “literaria”. Esa reseña lleva al extremo el cuestionamiento de la mimesis que se propone la propia novela y el discurso crítico literario de *La Opinión* en general. Fundamentalmente, marca una diferencia con los otros críticos al exhibir una concepción de la construcción de la verdad en literatura que se basa en un manejo de la coherencia discursiva.

Paralelamente, junto a la lectura crítica de la cuestión de la verdad en literatura, otros críticos atienden a la dimensión constructiva de la novela. Si bien Rivera, Romano y Sasturain leen lo ideológico en sus comentarios, reflexionan a la vez sobre el artificio que se presenta en los textos narrativos y muestran sus técnicas en cuanto al manejo del narrador, los personajes, el tiempo y el espacio; sólo el último crítico nombrado eventualmente advierte un tratamiento de lo enunciativo. Sin embargo, este *modus operandi* del que ellos se valen evidencia un contraste con el de los otros críticos del diario para dar cuenta del género novela al mostrar ciertas técnicas narrativas.

Conclusiones

En suma, es posible reconocer a comienzos de los años '70 dos líneas clave en el modo de leer la novela desde el diario *La Opinión*. Por un lado, se legitima la posición de Rodolfo Walsh, quien marca una inflexión al preferir un tipo de escritura más presentativa y militante, que busca incidir sobre la realidad, dentro de una tendencia que, a grandes rasgos, privilegia el género testimonio. A la vez, se cuestiona la finalidad de la literatura, su modo de construcción y de circulación, y su destinatario. En ese marco, desde la crítica literaria periodística, se diferencia el testimonio de la novela –aunque el primero puede presentarse como una variante de la segunda– y se analiza, distingue y privilegia en diversos grados la relación de la novela con la realidad y la política.

Asimismo, registramos una segunda línea que retoma el género novela y, si bien lee en ella lo ideológico, al tener presentes además algunos aspectos de su configuración textual narrativa, a partir de la impronta estructuralista, profundiza una lectura crítica y efectúa un incipiente acercamiento a la construcción enunciativa de los textos comentados.

Bibliografía

Bajtín, Mijail. *Estética de la creación verbal*. México: S.XXI, 1982.

Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. México: S.XXI, 1987.

_____. *Ensayos críticos*. Buenos Aires: Seix Barral, 2003.

Bernetti, Jorge Luis. “La Opinión era el Instituto Di Tella periodístico”. En *Revista Oficios Terrestres* N°1 (noviembre de 1995), Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

Carnevalle, Susana. *La patria periodística*. Buenos Aires: Colihue, 1999.

Genette, Gérard. *Figures III*. París: Seuil, 1971.

_____. *Palimpsestos*, Madrid: Taurus, 1989.

Gray, Julio Ardiles. “Una novela malograda por exceso de elaboración”. Reseña sobre *Extraño oficio* de Syria Poletti. En *La Opinión*, 7 de septiembre de 1971.

Kristeva, Julia. *El texto de la novela*, Barcelona: Lumen, 1974.

Martínez, Tomás Eloy, “La ficción actuaba como sucedáneo de la realidad para los lectores entusiastas de la ‘nueva novela’ en la década del ‘60’”. En *La Opinión*, 9 de septiembre de 1972.

Romano, Eduardo. “La riqueza narrativa de Szichman surge de mecanismos para reconstruir el pasado”. Reseña sobre *La verdadera crónica falsa* de Mario Szichman. En *La Opinión*, 15 de marzo de 1973.

Sasturain, Juan. “Logros parciales y golpes de efectismo reúne la última novela de Dalmiro Sáenz”. Reseña de *Alto quien vive* de Dalmiro Sáenz. En *La Opinión*, 31 de enero de 1973.

_____. “Impecable parábola de un creador que cambió la literatura por la militancia”. Sobre *Un oscuro día de justicia* de Rodolfo Walsh. En *La Opinión*, 17 de abril de 1973.

Tarsitano, Carlos. “Narrativa argentina y país real”. Reportaje realizado a Rodolfo Walsh y Miguel Briante. En “La Opinión Cultural”, *La Opinión*, 11 de junio de 1972.

Urondo, Francisco. “Compromiso humanista en la nueva novela de Verbitsky”. Comentario bibliográfico de *Etiquetas a los hombres* de Bernardo Verbitsky. En *La Opinión*, 28 de agosto de 1971.

_____. “La voluntad de expresar la realidad nacional no basta para novelar bien”. Reseña de *Paredes y violencias* de Osvaldo Rossler. En *La Opinión*, 4 de enero de 1972.